

abrió paso para su país por medio de provincias enemigas, habiendo arrollado junto al Taro al ejército que los Príncipes italianos habían juntado para cortarle el paso. Así dejó la Italia, hecho la execración de toda ella, habiendo llevado con su ambición frenética todas las calamidades y estragos que la alligieron después, y no compensando con cualidad ninguna buena los vicios de cuerpo y alma, que le hacían un objeto de odio y de desprecio.

Antes de que llegase á Nápoles con su ejército, ya el Rey Alfonso II había renunciado el reino en su hijo D. Fernando, con lo cual creyó que se embotaría el odio que todos sus súbditos tenían á la casa de Aragón, por ser aquel Príncipe muy bien querido del pueblo; y asombrado con la venida impetuosa del enemigo, y lleno del terror que acompañaba en el peligro á los malos Reyes, huyó precipitadamente, y se retiró á Mázara en Sicilia á vivir á lo religioso en un convento. Remedio ya tardío; cuando los franceses á las puertas, el estado en convulsión, los facciosos y amigos de novedades declarados, cerraban al nuevo Rey todos los caminos de restablecer las cosas. Viéndolas pues desesperadas, y después de ensayar algunos esfuerzos inútiles, Fernando huyó también, primeramente á la isla de Iscla, y después á Sicilia.

24 de mayo de 1495. Por el mismo tiempo había arribado allí Gonzalo de Córdoba al frente de cinco mil infantes y seiscientos caballos; ejército preparado ya de ante-

mano por el Rey Católico, cuya sagacidad prevenía la vuelta que habían de tomar los negocios, y el partido que podría sacar de las turbaciones de la Italia. En Mecina se abocó el general español con los dos Reyes desposeídos, y entre los tres trataron del plan de operaciones que debía seguirse, atendido el estado de las cosas. Quería Don Fernando que se fuese en derechura á la capital, de donde ya le llamaban los que estaban cansados de la dominación francesa. Mas Gonzalo fué de dictamen que debían entrar por la Calabria, en donde Reggio estaba por el Rey, y casi todas las plazas abiertas y sin defensa, por no haber puesto los franceses presidio en ellas, y ser consumidas y malbaratadas sus municiones. Añadíase á esta razón la de que aquella provincia, por su inmediación á Sicilia, era más afectada que otra alguna al partido de España, y Gonzalo quería aprovecharse de esta buena disposición. Este fué el partido que se siguió, y el ejército, compuesto de las tropas que habían ido de España, y de las que se habían arrebatadamente juntado en Sicilia, pasó á Calabria.

Mandaba en esta provincia, por parte de Carlos, Everardo Stuart, Señor de Aubigni, capitán célebre y experimentado; y era Virey de Nápoles Gilberto de Borbon, Duque de Montpensier, de la casa real de Francia, general más distinguido por su nobleza que por su pericia y sus hazañas. Las primeras acciones del ejército español en la Calabria.

bria fueron tan rápidas como brillantes. Ganóse por asalto la fortaleza de Regio, pasando á cuchillo la guarnicion, por haber violado pérfidamente la tregua que se la habia concedido. Santa Ágata, otra plaza fuerte, se rindió á la intimacion primera; é interceptado y hecho prisionero un regimiento enemigo, que marchaba á guarnecer á Seminara, esta plaza tuvo tambien que volver al dominio aragonés. Aubigni, viendo los progresos de Gonzalo, se adelanta á largas marchas para atajarlos, y presenta la batalla á su enemigo. La calidad mas eminente del caudillo español era la prudencia: no fiándose en las tropas sicilianas, poco aguerridas, y conociendo que los soldados españoles, acostumbrados solamente á combatir con los moros, no eran iguales todavia en destreza ni á los caballos franceses, ni á la infantería suiza, rehusaba la pelea, y no queria comprometer el crédito de sus tropas, ni la suma de la empresa al trance de una accion. Pero el Rey Don Fernando, como joven, y como valiente, deseaba señalarse, y no queria parecer tímido ni á sus contrarios, ni al estado que deseaba recobrar: fiaba tambien en que el enemigo era inferior en número; y llevó á su opinion la de todos los generales que habia presentes. La batalla se dió; y el éxito manifestó cuan justos eran los recelos de Gonzalo. Porque, aunque al principio éste con sus españoles sostuvo y aun rompió el ímpetu de la caballería francesa y de la infantería suiza; los sicilianos se desbandaron casi

sin combatir, y los nuestros tuvieron que ceder la victoria, que ya creían segura. El Rey hizo increíbles esfuerzos para restablecer la batalla, y detener los fugitivos, y peleó tan esforzadamente y con tanto riesgo de su persona, que muerto el caballo en que iba, hubiera sin duda ó muerto ó caido en poder del enemigo, si Juan Andres de Alavilla no le hubiera dado el suyo, quedándose á hacer frente á los que le perseguian: generosidad que le costó la vida. El Príncipe, con esto, pudo salvarse, y llegar á Seminara, donde tambien Gonzalo se recogió con sus españoles.

Esta fué la única accion en que Gonzalo dejó de ser vencedor; pero los enemigos no sacaron fruto alguno de su ventaja. El general francés, abatido por una dolencia que le afligia, no pudo hacer mas que dar las disposiciones para el combate, el cual ganado, tuvo que apearse del caballo, y meterse en el lecho. En tal estado no se atrevió á dirigir el alcance de los vencedores contra los vencidos; y no pudiendo ir á su frente, les concedió un descanso, que él necesitaba mas que nadie. Este descanso le arrebató todos los frutos de su victoria: porque el Rey se pasó al instante á Sicilia, y en la armada que estaba preparada en Mecina voló inmediatamente á Nápoles, donde aun no se sabia aquel mal suceso; y donde fué recibido con las mayores demostraciones de alegría. Gonzalo abandonó á Seminara, que no podia defenderse; y retirándose á Regio, se rehizo allí de su descalabro, y

prosiguió su intento de sujetar la Calabria, haciendo á los franceses la guerra misma que habia hecho á los moros de Granada, con cuya provincia tenia la Calabria mucha semejanza: guerra de puestos, de estratagemas, de movimientos continuos y de astucia, acomodada á lo montuoso y quebrado del pais, y al corto número de tropas que tenia á sus órdenes. No pasaban estas de tres mil infantes, y mil y quinientos caballos; y con ellas se apoderó de Fiumar, de Muro y de Calana; rindió á Bañeza, y eran tantas las plazas que de grado ó de fuerza le daban la obediencia, que no podia guarnecerlas por falta de gente. Aubigni, asombrado de tanta actividad, intimidado de aquella fortuna, ni defendia la provincia, ni se atrevia á abandonarla, ni marchaba al socorro de Montpensier, reducido en Nápoles al mayor estrecho por la intrepidez del Rey. Ya Gonzalo, dueño de Cotrone, Esquilache, Sibaris, y de toda la costa del mar Jonio, veia el momento en que iba á arrojar de Calabria á los franceses, cuando recibió un mensaje de Fernando, que le llamaba para ir á reunirse con él.

Habia este Príncipe á su entrada en Nápoles forzado á los franceses á encerrarse en los dos castillos que defienden la ciudad; y ellos, viendo que no podian mantenerse allí sin ser socorridos, habian capitulado rendirlos, si antes no les venia auxilio. Aubigni, que no queria desamparar lo que restaba en la Calabria, habia enviado á Persi con

alguna gente á socorrerlos. Este oficial consiguió ventaja en dos combates contra las tropas del Rey, bien que no pudo penetrar hasta Nápoles. Montpensier, que supo estos sucesos, salió por mar de Castelnuovo, donde estaba encerrado, y se dirigió priméramente á Salerno: entonces el Rey de Nápoles, temiéndose de los sucesos de Persi y de la salida de Montpensier alguna mala resulta, llamó á Gonzalo, que ya pasaba por el primero de los generales de Italia, para que le viniese á asistir donde estaba el nervio de la guerra. Obedeció Gonzalo, y se dispuso á atravesar desde Nicastro, en los confines de las dos Calabrias, hasta el principado de Melfi, donde se hacian la guerra el Rey y los franceses. Todo el pais intermedio era quebrado y montuoso: los barones anjoinos ocupaban las plazas fuertes; y los pueblos de todas las seranías estaban excitados por ellos contra los españoles. Pero todos estos obstáculos, que la naturaleza y los hombres le oponian, fueron gloriosamente arrollados por su audacia y por su pericia. Cada paso era un ataque, cada ataque una victoria: entró á Cosencia á despecho de los franceses que la defendian, que no pudieron resistir los tres asaltos que en un solo dia les dió. Escarmentó, con grande estrago que hizo en ellos, á los montañeses de Murano, que, fiados en la fragosidad de sus alturas, y dificultad del terreno, se atrevieron á formarle asechanzas, y á cogerle los caminos. Por último sorprendió á todos los barones de la parciali-

dad anjoina, que se hallaban en Laino: ellos, descuidados, no acertaron á defenderse; el principal de aquella faccion, Almerico de Sanseverino, murió peleando; y la plaza fué entrada por los nuestros. Despejado el camino con estas victorias, Gonzalo prosiguió aceleradamente su marcha, y llegó á juntarse con el Rey, á tiempo que los franceses, en número de siete mil hombres, con su general Montpensier, se habian encerrado en Atela, creyendo en aquella plaza quebrantar la fortuna y orgullo de sus enemigos.

Al acercarse al campo le salieron á recibir el Rey, el legado del Papa, y el Marqués de Mantua, general de la liga italiana, haciéndole todos los honores que se debian al atrevimiento y felicidad de su marcha, y á la reputacion, que no solo llenaba ya la Italia, sino tambien la Europa. Con efecto, en su presencia todos los generales parecian sus inferiores; y él por la elevacion de su espíritu, por la prudencia de sus consejos, y por la osadía y valor en las acciones, parecia destinado á mandar donde quiera que se hallase. Allí fué donde italianos y franceses le empezaron á dar públicamente el renombre de Gran Capitan, que quedó para siempre afecto á su memoria. El Rey, que antes vacilaba en sus resoluciones, ya por la vivacidad de su espíritu, ya por respeto al Marqués de Mantua, comenzó á manifestar mas denuedo y mas aliento, como si la autoridad del general español y sus talentos fuesen los verdaderos

reguladores de todas las determinaciones. Desafióse al instante al enemigo á batalla, que no fué aceptada; y Gonzalo, considerada la disposicion del sitio, estableció sus cuarteles; y al instante quiso que sus tropas diesen una muestra de su valor y de su destreza.

Baña las murallas de Atela un riachuelo que desemboca en el Ofanto, donde se proveían de agua los sitiados, y en cuyos molinos se hacía la harina de que se alimentaban. Manteníase esta posicion con un puesto fortificado y defendido por la infantería suiza, la mejor entonces de Europa. Gonzalo embistió con los suyos por aquella parte, deshizo los suizos, quemó y arrasó los molinos; y con esta faccion llevó la hambre y la miseria dentro de la plaza, que acosada y fatigada con los continuos asaltos, tuvo que capitular, pactando, que si dentro de treinta dias no era socorrida por el Rey de Francia, se rendiria con todas las demas; exceptuándose Gaeta, Venosa, Taranto, y las que en la actualidad fuesen defendidas por Aubigni. El socorro no vino; y los franceses, con efecto, entregaron á Atela, y todas las demas plazas que mandaban gobernadores puestos por Montpensier; pero no se entregaron otras muchas, bajo el pretexto de que sus comandantes no las rendirian sin orden expresa del Rey de Francia: circunstancia que dió ocasion al de Nápoles para no cumplir tampoco con el tratado. Montpensier y los demas defensores de Atela, considerados como prisioneros

Julio  
de 1496.

de guerra, fueron enviados á Bayas, Puzol y otros parajes mal sanos, donde casi todos miserablemente perecieron.

Rendida Atela, Gonzalo volvió á Calabria á contener á Aubigni, que con su ausencia se habia vuelto á apoderar de casi toda ella. Su presencia restableció las cosas; y viendo el general francés que la fortuna se le trocaba, envió al español un mensaje, quejándose de la contravencion que se hacia á la tregua pactada en Atela. Gonzalo respondió que los primeros á romperla habian sido los franceses, y él en particular, pues habia salido á ocupar plazas que al tiempo de aquella convencion no estaban en su poder; y por lo mismo que la suerte de las armas, y no el tratado de Atela, era quien habia de decidir del dominio de la Calabria. A este tiempo el crédito de Gonzalo era tal que los soldados de Italia se iban á sus banderas, y le seguian sin sueldo: las plazas se le rendian sin defenderse: engrosado su campo, vencedor por todas partes, Aubigni tuvo por mejor acuerdo desamparar la provincia, que medirse con el Gran Capitan, el cual en pocos dias la redujo toda á la obediencia del Rey de Nápoles.

Ya en este tiempo no lo era Fernando. Sin haber podido gustar enteramente ni del reino ni de la victoria, en la flor de su juventud, acometido de una disenteria, falleció en Nápoles á siete de octubre del mismo año. La época de su reinado será para siempre señalada en los fastos de la his-

toria humana, no tanto por los sucesos de su fortuna, sino por haberse manifestado entonces la enfermedad horrible y dolorosa que empezó á declarar la violencia de su ponzoña al tiempo que este Príncipe tenia sitiados los castillos de Nápoles. Llamósele mal francés, porque los de esta nacion fueron los primeros que se conocieron estragados con ella. La América nos la inoculó como en represalia de nuestras violencias; y las generaciones siguientes, atacadas en los órganos de la propagacion y los placeres, han maldecido y maldecirán muchas veces la imprudencia y la temeridad de sus abuelos.

El corto tiempo que reinó Fernando, pasado parte en destierro y en desgracia, y parte en guerra porfiada, no manifestó en él mas que el valor, animosidad y suma diligencia que le asistian. Algo obscureció la gloria que acababa de ganar con el mal trato que dió á los franceses prisioneros, y la perfidia con que por contentar al Papa procedió con los ursinos. Estas muestras hacian sospechar á la Italia que despues de afirmarse en el reino, mas bien quisiese imitar las depravadas máximas de su padre y abuelo, que la generosa condicion de Alfonso V, el fundador de su casa. Pero al fin él murió sin confirmar estas sospechas, dejando de sí una memoria agradable y gloriosa; y el reino pasó á su tio Federico, Príncipe amable, ilustrado, mas á propósito para regir el estado en una situacion sosegada, que á defenderlo y mantenerse en medio

de aquellas borrascas. Luego que Federico fué reconocido en Nápoles, se puso sobre Gaeta, que Aubigni, venido aquellos dias á saludar á aquel Rey, hizo que se le rindiese, por la poca esperanza que tenia de ser socorrida. Un dia antes de la rendicion de esta plaza llegó al campo Gonzalo, allanada ya toda la Calabria: el Rey, que le recibió con todas las muestras de alegría y de gratitud debidas á sus hazañas y á sus servicios, queria colmarle de dones y de estados. Pero su moderacion, contentándose con la gloria adquirida, se negó á admitirlos, mientras no fuese autorizado á ello por los Monarcas de España. Asentadas asi las cosas de aquel reino, marchó con su gente á Roma, donde el Papa Alejandro VI le llamaba.

Al pasar Cárlos VIII por aquella capital habia dejado mandando en el puerto de Ostia, con guarnicion francesa, á Menoldo Guerri, corsario y vizcaino, hombre que reunia á los talentos de un guerrero la perversidad de un tirano, y la ferocidad de un bandolero. Éste desde allí hacia una guerra tanto mas cruel al Papa, cuanto mas proporcion tenia por el puesto que ocupaba de afligir con hambre y necesidad á su corte. Todos los navios mercantes que surtian de víveres y demas géneros á Roma por el Tiber, era preciso que se sujetasen antes á sus rapiñas, y contentasen su avaricia, á menos de exponerse á ser echados á fondo con la artillería del castillo. La necesidad y carestía se hacian ya sentir en la ciudad, el pueblo cla-

maba por remedio, el corsario se negaba á todo partido, y sordo á las proposiciones de Alejandro, insensible á sus excomuniones, insultaba desde allí á la debilidad del Papa, que no tenia fuerzas para arrojar á aquel tigre de su caverna. A este mal presente se añadía el temor de que permaneciendo Ostia en su poder, siempre estaba abierta la puerta de Italia á los franceses. En tal extremidad Alejandro recurrió á Gonzalo, el cual, tomando á su cargo la empresa, se acercó con sus españoles á Ostia, é hizo á Menoldo la intimacion de desamparar la plaza, y dar fin á su tiranía. El pirata desechó soberbiamente el partido, y se preparó á la defensa; no creyendo que una plaza tan bien pertrechada pudiera rendirse sino despues de mucho tiempo, lo que quizá daria lugar á los franceses para venir á socorrerle. Mas el Gran Capitan, considerada bien la fortaleza, y hechos en tres dias los preparativos del ataque, dió orden para que se batiese la muralla por una parte con la artillería. Cinco dias tardó en abrirse la brecha; y habiendo casualmente un soldado español descubierro en aquel mismo lado un baluarte de madera, por allí se arrojó el ejército al asalto, acudiendo tambien allí los sitiados con todas sus fuerzas á defenderse. Pero al mismo tiempo Garcilaso de la Vega, nuestro embajador en Roma, que se habia acercado á la plaza por la parte opuesta con alguna gente y artillería, hallando las murallas sin defensa, las escaló facilmente; y los franceses divididos no pu-

dieron sostenerse contra el ardor de los españoles, que al cabo, arrollados, muertos ó prisioneros una gran parte de ellos, entraron y se enseñorearon de Ostia. El mismo Menoldo se rindió á partido de que le conservasen la vida; y Gonzalo, arregladas las cosas de aquel puerto, dió la vuelta á Roma, llevando consigo á los vencidos. Su entrada en aquella capital fué un triunfo: salió á recibirle, y le esperaba en calles y balcones todo el pueblo, que á voces le llamaba su libertador: él marchaba al frente de sus soldados, las banderas desplegadas, y al son de la música guerrera; los prisioneros con cadenas iban á pie en medio; y Menoldo encadenado tambien, pero sobre un caballo de mala traza. Su aspecto todavía feroz, manifestaba mas despecho que abatimiento. En esta forma atravesó las calles de Roma, se apeó en el Vaticano, y subió á dar cuenta de su expedicion al Sumo Pontífice, que colocado en su trono, y rodeado de varios Cardenales y Señores de Roma le esperaba. Arrojóse á besarle los pies, y Alejandro le alzó en sus brazos, y besándole en la frente, despues de manifestar su gratitud por aquel servicio, le dió la rosa de oro, que los Papas solian dar entonces cada año á los que eran mas beneméritos de la Santa Sede. Gonzalo solo le pidió dos cosas: una el perdón de Menoldo, y otra que los vecinos de Ostia, en indemnizacion de los males que habian sufrido por la tiranía de aquel pirata y por la guerra, fuesen exentos de contribuciones por diez años: am-

bas fueron concedidas; y Menoldo, despues de haber sufrido la mas severa reprension del Papa, tuvo libertad de volverse á su país.

La escena que pasó entre Alejandro y Gonzalo, al tiempo de despedirse, fué de un género diferente, aunque no menos honrosa al Gran Capitán. Dejó el Papa caer la conversacion hácia los Reyes Católicos, y llegó á decir que él los conocia bien, y que debiéndole muchos favores, no le habian hecho ninguno. Era este un verdadero insulto de parte de Alejandro, cuyas costumbres y condicion eran tales, que sola la ambicion de los Príncipes cristianos, opuestos entre sí, y necesitando alternativamente de él para sus miras, podia mantenerle en un puesto que indignamente ocupaba. Gonzalo, acordándose de la dignidad de los Príncipes, á quienes entonces representaba; contextó al Papa, *que sin duda alguna podia conocer bien á los Reyes de Castilla, así por natural de estos reinos, como por los muchos beneficios que les debia. Que cómo se olvidaba de que las armas españolas habian entrado en Italia para defender su autoridad atropellada por los franceses? ¿Quién le habia hecho superior á los ursinos, que ya le afligian? ¿Quién le acababa de conquistar á Ostia?* A estas añadió otras razones sobre la necesidad que tenia de reformar su casa y su corte; y Alejandro, que no esperaba semejante contestacion de un hombre, á quien juzgaba menor estadista que militar, le despidió de su presencia.

sin estimarle en menos por aquella osadía.

Gonzalo volvió al reino de Nápoles, en cuya capital entró acompañado del Rey y de los principales de su corte, que salieron á recibirle, tributándole los honores debidos al libertador del estado. Y no limitándose las demostraciones de Federico á sola una vana pompa, le creó Duque de Sant Angelo, le asignó dos ciudades en el Abruzzo citerior, con siete lugares dependientes de ellas, diciendo que era preciso dar una pequeña soberanía al que era acreedor á una corona. Embarcóse despues para pasar á Sicilia, alterada entonces por las contribuciones que el Virey Juan de Lanuza había cargado en sus pueblos. Allí hizo el papel hermoso de pacificador, despues de haber tan dignamente ejercido el de guerrero: oyó las quejas; reformó los abusos; administró justicia; contentó los pueblos; fortificó las costas. Llamado por Federico para que le ayudase en la conquista de Diano, única plaza que quedaba por los franceses, y se resistía á sus armas, volvió á Tierra Firme, y la estrechó con tal vigor y tenacidad, que al cabo los sitiados, á pesar de la vigorosa defensa que hicieron, tuvieron que rendirse á discrecion. Con esta última hazaña coronó Gonzalo su primera expedición á Italia, y despedido del Monarca napolitano, dejando en buena defensa las plazas que en la Calabria quedaban por los Reyes Católicos para seguridad del pago de los socorros que habían dado, regresó á España con la mayor parte de las

1498.

tropas que le habían asistido en la empresa.

Fué recibido en la corte de Castilla con el mayor aplauso y agasajo, diciendo públicamente el Rey, que la reduccion de Nápoles y las victorias sobre los franceses eran superiores á la conquista de Granada. Dos años se mantuvo en ella respetado como su gloria merecia, cuando una agitación que se levantó en Granada le dió ocasion de acreditarse mas. Habíase prometido á los moros, cuando se redujeron á la obediencia del Rey, que se les mantendria en el libre ejercicio de su religion. Hubo algunos entre ellos, que habiéndose hecho al principio cristianos, despues habían vuelto á sus ritos. Las diligencias, y aun rigor que se usó con estos para volverlos al gremio de la Iglesia, dieron ocasion á los moros de las Alpujarras de creer que con todos iba á procederse del mismo modo, y á hacerlos cristianos por fuerza, arrancándoles sus hijos al mismo efecto, como se había hecho con los pervertidos. Cansados por otra parte de la servidumbre en que estaban, y ansiosos de novedades, fiados en los socorros de África, y en la distraccion de los Reyes á las cosas de Italia y de Francia, alzaron el estandarte de la rebelion, y tomaron las armas. Los primeros á alborotarse fueron los de Guejar, villa asentada en lo mas alto de aquella sierra. Hallábase á la sazón en Granada el Gran Capitan; el cual salió á domar á los rebeldes en compañía del Conde de Tendilla, comandante general de la provincia. Para llegar á Gue-